

personal de la Patria. Tenía hasta la contextura física del guerrero, la acción organizada y avasalladora, la palabra vibrante y apropiada. Fue el mejor orador sagrado de su siglo en el país, y logró sobresalir en este género hasta en el Concilio Vaticano, con tres discursos en latín, lengua que dominaba perfectamente por sus estudios de autodidacto realizados en su primera juventud.

Como la política se convirtiera en una bandería de enemigos de la tradición cristiana de Chile, que rebasó las preocupaciones regalistas para desembocar en una impiedad que pretendía arrancar de raíz toda idea religiosa, se hizo necesario organizar a los católicos de cuño para defender en los estrados del parlamento y en la primera magistratura la fisonomía auténtica de la Patria. Y así lo tenemos al Obispo Salas propiciando la fundación del Partido Conservador Católico, "dada la inmensa importancia de los asuntos públicos, pues un mal gobierno destruye en un día, con una ley impía o con un mal decreto, el trabajo de cien años de la Iglesia y de sus hijos".

Y no descuidó medios para asegurar su intento. Pensando que no bastaba la propaganda oral, fundó un diario, porque un Partido sin este medio de difusión "es un músico sin instrumento y un soldado sin armas".

El escándalo de los que tuvieron que soportar la contradicción en las asambleas legislativas o vieron confundidos y maltrechos a los pontífices del error, todavía perdura y se refugia en la majadera afirmación de que la Iglesia no debe intervenir en política sino tender sus manos y dejarse atar y ridiculizar con argumentos de pacotilla.

¡Ah, Judas Macabeo y demás hijos del sacerdote Matatías!, que luchasteis con el puño en la espada y un valor sobrehumano por defender las tradiciones de Israel y extirpar las depravaciones del helenismo decadente, responded con la voz de la Biblia a estos deleznales reproches que impresionan a muchos escogidos del pueblo de Dios, con el hechizo de los falsos mesías.

Tal vez vamos un poco más allá del autor en la interpretación de la conducta del Obispo Salas. El es más ponderado y contemporizador, en lo cual no carece de razón. En todo caso resulta muy interesante leerlo pues acopia muchos datos y observaciones para la mejor inteligencia de una época de graves trastornos ideológicos, en que se vieron envueltas figuras respetables de nuestra historia republicana.

LUIS URZÚA URZÚA

<https://doi.org/10.29393/At405-87MMEM10087>

*Minorías y masas en la cultura y el arte contemporáneo*, de GUILLERMO DE TORRE. Editoria y Distribuidora Hispano Americana. Colección El Puente, Barcelona, 1963

Guillermo de Torre, a través del desarrollo de temas relacionados con algu-

nos aspectos de la cultura de nuestro tiempo, enfrenta al lector con la problemática del arte actual, especialmente en el campo de la plástica.

El primer ensayo, que le da el nombre al libro, presenta un fenómeno característico de nuestro época y que ha merecido especial atención de destacados pensadores contemporáneos como son Ortega y Gasset y Laín Entralgo en el mundo hispano.

La civilización técnica, con sus ilimitadas posibilidades expansivas de comunicación y reproducción de ideas e imágenes, ha encauzado a través de la televisión, del cine, de prensa y radio, sus posibilidades educadoras y culturizadores especialmente por la senda del utilitarismo y de la explotación comercial. A la gran oferta de ediciones baratas de mala literatura se suman las numerosas publicaciones de historietas ilustradas "comic-trips o funnies", producto de una simplificación extrema de la realidad y que son consumidas en gran cantidad por un público de todo nivel cultural.

De Torre enjuicia valerosamente todo producto alterado o precario de la cultura en sus diferentes manifestaciones. El sucedáneo de cultura que serían las versiones sintetizadas y reducidas de obras literarias de valor, la supremacía que está tomando la imagen visual sobre la palabra escrita y los fenómenos antes enunciados traen por consecuencia un relajamiento de la disciplina intelectual necesaria para la elaboración consciente y la transmisión de la cultura, significando todo esto un real imperativo a la vulgaridad y una nivelación hacia abajo.

El autor apela a aquellas minorías activas, de conciencia clara y visión diferenciada y elaborada de la realidad. Apela a las élites "curiosas de lo nuevo allende su novedad, gustadoras de la calidad, difusoras de las expresiones artísticas e intelectuales auténticas".

Motivo de especial interés han sido para Guillermo de Torre los problemas que giran en torno a las tendencias actuales de la plástica. Enuncia con precisión los riesgos de la nueva pintura: el purismo y lo tendencioso. Destaca los peligros del purismo extremo del arte abstracto, producto de una posición subjetiva del artista hacia el medio, y cuyo lenguaje se torna oscuro, cifrado y deshumanizado, exento de comunicación y mensaje. El realismo social, por otro lado, pone el arte al servicio de una causa extraña a sus propios y específicos designios. Condena duramente el hermetismo del arte purista y la contaminación ideológica en el realismo social.

Luego analiza brevemente las diferentes escuelas y tendencias del arte, tratando de arrojar una luz sobre la pluralidad de conceptos y definiciones del comúnmente llamado arte abstracto. Su amplia erudición lo lleva a desglosar la obra de interpretación estética de destacados pensadores contemporáneos, especialmente el aporte de Andrés Malraux a la cultura actual. Profundo conocedor del arte de todos los tiempos, Malraux ha contribuido a definir la situación del hombre frente al mundo de las formas y a los fenómenos de la contemplación estética neta, antihistórica y fuera del tiempo, como expresión de puro lenguaje formal. Destaca la nueva

perspectiva creada por el concepto del "museo imaginario" y de la "psicología de las formas".

"La primera materia del artista, escribe Malraux, no es la vida, no es la realidad, es siempre otra obra de arte".

Desusada la cita, punto inicial de una serie de consideraciones, preferencias y paralelos, y que tiene su fundamento en el arte y no en la vida como estímulo al quehacer artístico.

El autor enfoca a continuación el terreno de las equivalencias y paralelos entre pintura y literatura. A la manera de las "correspondencias" baudelerianas, cita poemas en los cuales se ha logrado la transformación o transubstanciación de la imagen plástica a la figura poética.

Luego nos presenta relaciones de viajes y contactos personales con artistas de renombres. Nos lleva a vivir el mundo mediterráneo y cambiante, como en perpetua metamorfosis, de Pablo Picasso. Nos lleva a compartir los tiempos del cubismo austero de Juan Gris, del orfismo alucinado de Robert Delanoy y del rudo constructivismo de Torres García. Comenta los manifiestos y autobiografías de Carra, de Chirico y Severini. Presenta al mundo multifacético, a veces atrabiliario y siempre estupendamente manierista del surrealismo daliniano, e incluye un rotundo y magnífico paralelo entre Picasso y Gómez de la Serna.

En suma, Guillermo de Torre nos invita a dialogar con él, nos lleva como de la mano a encarar algunos problemas sustanciales del artista y del arte contemporáneos, haciéndonos partícipe de la aventura interna que significa enfrentarse con la intimidad de su pensamiento lúcido y sensible.

Representa su libro una colección de ensayos que por la elegancia del estilo, el sabio juego dialéctico de las ideas, y la real distinción y aristocracia de su posición intelectual, producirá vivo placer al lector interesado, enriqueciendo además su patrimonio cultural.

EDUARDO MEISSNER G.

*Crónicas*, de JOAQUÍN EDWARDS BELLO. Zig-Zag, 1694

En un país como el nuestro, tradicionalista hasta la médula, donde abundan los eufemismos en boca de los oradores y en la pluma de periodistas y escritores, el ejemplo de Joaquín Edwards Bello es admirable. Magnífico escritor y buen ensayista, es también un maestro de la crónica periodística, género que ha cultivado con éxito durante largos años.

En *Crónicas*, podemos apreciar esas excelentes cualidades. Joaquín Edwards, en nuestro ambiente criollo, tiene el inconformismo de Larra y la causticidad de Baroja y Azorín, pero es esencialmente chileno en su obra y en su conducta, a pesar de su aristocrático apellido inglés.

Muchas de sus crónicas se caracterizan por sus ácidas y duras críticas a la aristocracia chilena, a la que pertenece y conoce de cerca por razones fáciles de suponer. En cambio, es fácil observar su inclinación hacia el